

# VOLVEOS A MÍ

*Un llamado urgente  
de parte de Dios*

MIGUEL NÚÑEZ



**Vida**

---

*La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.*

---

## **VOLVEOS A MÍ**

Publicado por Editorial Vida – 2023  
Nashville, Tennessee

© 2023 Miguel Núñez

Este título también está disponible en formato electrónico.  
Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción o distribución.

---

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en ningún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro—, excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Biblia de las Américas © 2005 por The Lockman Foundation. Usada con permiso, [www.NuevaBiblia.com](http://www.NuevaBiblia.com).

Las citas bíblicas marcadas «NVI» son de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI®. Copyright © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Usada con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas bíblicas marcadas «LBLA» son de La Biblia de las Américas®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas marcadas «RVR1960» han sido tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovada 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society y puede ser usada solamente bajo licencia.

Los enlaces de la Internet (sitios web, blog, etc.) y números de teléfono en este libro se ofrecen solo como un recurso. De ninguna manera representan ni implican aprobación o apoyo de parte de Editorial Vida, ni responde la editorial por el contenido de estos sitios web ni números durante la vida de este libro.

Edición y diseño interior: *Interpret the Spirit*

ISBN: 978-0-84992-084-4  
eBook: 978-0-84991-942-8  
Audio: 978-0-84991-943-5

La información sobre la clasificación en la Biblioteca del Congreso está disponible previa solicitud.

CATEGORÍA: Religión / Vida Cristiana / Crecimiento espiritual

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA  
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

23 24 25 26 27 LSC 9 8 7 6 5 4 3 2 1

## Contenido

Introducción: El eclipse de Dios 7

### **PRIMERA PARTE: VOLVEOS A MÍ**

1. Volveos a Mí 27
2. El pueblo de Dios en tiempos de dificultad y dolor 45
3. Fe en tiempo de confusión 63
4. Una adoración en crisis 77
5. La crisis de la adoración se profundiza 95
6. Un Dios fiel a un pueblo infiel 113
7. La ofrenda que probó el corazón 127

### **SEGUNDA PARTE: NO TODO SE HA PERDIDO**

8. Cristo, el camino de regreso a Dios 145
  9. El arrepentimiento, el inicio del regreso 161
  10. El consolador en medio de la tribulación 175
- Conclusión: Cómo sobrevivir al eclipse de Dios 191

## Introducción

# EL ECLIPSE DE DIOS

**P**ara nadie es un secreto que estamos viviendo tiempos de gran oscuridad y confusión. En nuestros días, no importa hacia dónde miremos o qué área del globo analicemos, siempre nos encontramos con un panorama de:

- descomposición social,
- degradación moral y
- desvaloración del ideal que Dios soñó para el ser humano.

El impacto de estas condiciones ha sido sentido no solo a nivel de la sociedad en general, sino también dentro de la iglesia. El grupo de investigación Barna realizó un estudio en 2014 y determinó que unas 3.500 personas abandonan la iglesia cada día en los Estados Unidos para un promedio de 1,2 millones de personas cada año. Esa estadística por sí sola es asombrosa. Al mismo tiempo, tenemos que admitir que, en Occidente, la iglesia de Cristo no solo ha disminuido en tamaño, sino también en relevancia. Muchos consideran a la iglesia obsoleta o irrelevante. Para una gran mayoría de la sociedad, la iglesia no es la institución en la que depositarían su confianza para un mejor futuro.

Las razones por las cuales las personas han abandonado y siguen abandonando la iglesia son varias, según la información recibida: pereza, apatía, otras prioridades, tensiones en las relaciones dentro de la iglesia y la falta de respuestas a preguntas fundamentales.

Se mencionaron otras razones de más peso como: género/sexualidad, asuntos raciales, visión política, heridas “causadas por la iglesia” y abusos.<sup>1</sup> En mi opinión, en lugar de ser razones para abandonar la Iglesia, creo que muchas de estas condiciones y tensiones dentro de la Iglesia son el resultado del alejamiento de Dios que ha estado experimentando la población.

Algunos piensan que la pandemia del COVID-19 terminó afectando a la iglesia de Cristo. Pero es posible que la pandemia tan solo haya revelado lo que ya había dentro de la iglesia. No imagino que las restricciones de la pandemia pudieran ser más gravosas que la cruel persecución de los cristianos en los primeros siglos y las severas restricciones legales bajo las cuales nació, creció y se expandió la iglesia.

Como dije en una ocasión el Dr. John Piper, estamos experimentando una hambruna de la gloria de Dios en nuestros días. Creo que ciertamente es así, pero como consecuencia de una hambruna del conocimiento de Dios.

En una ocasión, en 2016, tuve la oportunidad de entrevistar a uno de nuestros teólogos contemporáneos, el Dr. R. C. Sproul, unos meses antes de su muerte (1939-2017), y le pregunté cuál era, en su opinión, el mayor problema de las personas incrédulas y, sin pestañar, me dijo: “Que no conocen a Dios”. ¡Lógico! Inmediatamente después, agregé que el mayor problema del creyente es él mismo: que él o ella no conoce a Dios. Y agregé que muchas veces el creyente conoce mucho acerca de Dios, pero carece de un conocimiento íntimo de Su carácter. Me pareció interesante que Piper y Sproul coincidieran en el mismo análisis; pero desde diferentes ángulos.

## *El alejamiento de Dios*

Para continuar en esa dirección, quiero referirme a un texto escrito por el profeta Oseas, el profeta que contrajo matrimonio con Gomer, la prostituta, para tipificar la infidelidad de Israel hacia Dios. Oseas tuvo

<sup>1</sup> Pódcast *As in Heaven*, tercera temporada, *Who Are the Dechurched in America and Why Did They Leave?* con Jim Davis, Michael Graham y Ryan Burge (The Gospel Coalition, mayo 10, 2023). Disponible en línea en: <https://www.thegospelcoalition.org/podcasts/as-in-heaven/dechurched-america-why-leave/>.

que predicar en uno de los peores períodos del reino del Norte. Su ministerio profético se extendió por unos cincuenta años en un momento en que Israel estaba muy bien económicamente, pero en bancarrota espiritual. En ese contexto, Dios habla a través del profeta y le hace saber a la nación que su bonanza económica no representaba una bendición de Su parte y que su muerte espiritual se estaba dando por falta de conocimiento... del conocimiento del Dios de lo alto.

Israel se había olvidado de Dios; había olvidado Su ley y, como consecuencia, Dios decide “olvidarse” de Israel como leeremos en el texto de Oseas. Como resultado, toda la nación estaba cosechando los frutos de no caminar con Dios, y así es como Dios mismo describe la condición de Israel en aquel momento en Oseas 4:

“Escuchen la palabra del SEÑOR, israelitas, porque el SEÑOR tiene querrela contra los habitantes de la tierra...”. (v. 1a)

La Nueva Versión Internacional dice: “... el SEÑOR entabla un pleito contra los habitantes del país”. Mientras que la Nueva Traducción Viviente dice: “El SEÑOR ha presentado cargos en tu contra”.

Y estos son los cargos:

“... Pues no hay fidelidad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra. Solo hay falso juramento, mentira, asesinato, robo y adulterio. Emplean la violencia, y homicidios tras homicidios se suceden. Por eso la tierra está de luto, y desfallece todo morador en ella junto con las bestias del campo y las aves del cielo; aun los peces del mar desaparecen”. (vv. 1b-3)

Y esta es la consecuencia:

“Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento. Por cuanto tú has rechazado el conocimiento, Yo también te rechazaré para que no seas Mi sacerdote. Como has olvidado la ley de tu Dios, Yo también me olvidaré de tus hijos”. (v. 6)

Prácticamente todo el texto es de suma importancia. Pero quiero llamar la atención sobre dos frases que aparecen en el versículo 6:

- “Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento” (v. 6a).
- “Como has olvidado la ley de tu Dios, Yo también me olvidaré de tus hijos” (v. 6b).

La nación entera estaba pagando las consecuencias de haberse apartado de Dios; por lo tanto, Dios tenía una queja contra ella. Israel había olvidado de la ley de su Dios; la ley que reflejaba y refleja Su carácter moral. Al darle la espalda a la persona más importante del universo, Dios, en un intento por hacer que el pueblo regrese a Él, les advirtió que como consecuencia, olvidaría a sus hijos, quienes son las personas más importantes para cualquier padre.

No podemos olvidar que nadie peca en privado. El pecado de uno nos afecta a todos. En aquel momento, la nación estaba viviendo lo que podríamos llamar un “eclipse de Dios”. Por esta razón, Israel había perdido su capacidad de representar a Dios como nación sacerdotal ante las demás naciones. De ahí la expresión “te rechazaré como sacerdote” que aparece en el texto que citamos arriba.

Dios no se dirigía solo a los sacerdotes, sino a la totalidad de la nación: a todo Israel, escogida como una nación sacerdotal, para representar a Dios ante las demás naciones. Cuando Dios escogió a la nación de Israel, les dio un privilegio muy especial y les dijo: “Ustedes serán para Mí un reino de sacerdotes y una nación santa’. Estas son las palabras que dirás a los israelitas” (Éx 19:6). Ese fue precisamente el privilegio que Israel perdió: el privilegio de representar a Dios. Al ignorar la ley divina, que para Dios es crucial porque refleja Su esencia, decidió a su vez olvidar lo que para ellos era más importante: sus hijos. Se trata de una forma de advertirles que desatendería a la próxima generación, la cual heredaría los malos frutos de la generación anterior. Que esto nos sirva de lección, recordando las palabras de Pablo en 1 de Corintios 10:11: “Estas cosas les sucedieron como ejemplo, y fueron escritas como enseñanza para nosotros, para quienes ha llegado el fin de los siglos”.

Hoy, la iglesia atraviesa una de sus peores crisis en Occidente, como consecuencia de un “eclipse de Dios”. Cuando Dios se eclipsa, la familia paga el precio; después tanto la iglesia como la nación, donde residen esas familias, sufren las consecuencias.

En los días de Oseas, el reino del Norte estaba a punto de ser llevado al exilio por el reino de Asiria. La descomposición social y moral era fruto de un liderazgo que había enseñado al pueblo a venerar ídolos representativos de dioses paganos. Los líderes del pueblo y los sacerdotes se habían descarriado en primer lugar y luego arrastraron al pueblo con ellos. Por tanto:

- La ley de Dios no era enseñada.
- El Dador de la ley no era conocido.
- Y la nación entera se había apartado.

La ausencia de la presencia manifiesta de Dios explica la condición de desorden, irrespeto, inmoralidad y falta de valoración de la vida en una sociedad. Cuando hablo de la “presencia manifiesta de Dios”, no me refiero a la presencia de señales sobrenaturales en medio de la iglesia o de la nación. Aludo, más bien, a lo que leemos en los primeros capítulos del libro de los Hechos, donde observamos que la iglesia crecía y se expandía; que la iglesia era de un solo sentir y corazón; y donde había unidad entre los hermanos. Había entusiasmo por la Palabra: Jerusalén se llenó de la enseñanza de los apóstoles (Hch 5:28). Samaria se llenó de regocijo con la predicación de Felipe (Hch 8:8). Y los habitantes de la ciudad de Éfeso comenzaron a abandonar sus prácticas ocultas (Hch 19:18-20). Todo lo anterior tiene una sola explicación: la presencia manifiesta de Dios. En contraste, vemos que en la época del profeta Oseas el pueblo de Dios estaba siendo destruido por la falta de conocimiento de ese mismo Dios.

Se dice que Martyn Lloyd-Jones estaba convencido de que “todos los males de la iglesia y de las naciones hoy se deben a una desviación de la Palabra de Dios”.<sup>2</sup> Todos los problemas a los que nos enfrentamos

<sup>2</sup> Martyn Lloyd-Jones, *The Christian Soldier: An Exposition of Ephesians 6:10-20* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1977), p. 210.

o que percibimos a nuestro alrededor representan, de alguna manera, un alejamiento de Dios y, por ende, de Su verdad.

### *El eclipse de Dios*

Por unos diez siglos, antes de la época de la Reforma, la proclamación de la Palabra de Dios había caído en desuso y, como consecuencia, la sociedad experimentó una gran oscuridad. La oscuridad permaneció hasta que Dios, en Su soberanía, encendió un faro de luz en la ciudad de Wittenberg, que iluminaría no solo a toda Europa, sino incluso más allá. Allí nació la “Reforma de Lutero”. El movimiento Reformado (y reformador) no fue sino el actuar de la mano de Dios, que levantó a Martín Lutero, entre otros, para que la revelación de Dios, que había sido olvidada, fuera proclamada nuevamente hasta que se disiparan las tinieblas. Y así sucedió. Europa experimentó primero un despertar y, luego, una reforma de una magnitud que nuestro continente latinoamericano aún no ha presenciado. Tan evidente fue la transformación que los reformadores acuñaron la frase *Post Tenabras Lux* (Después de las tinieblas, luz) para referirse a que, tras tanto tiempo en la oscuridad, la luz había vuelto a brillar en el corazón de Europa con la predicación de la Palabra.

Con esto en mente, los historiadores de la iglesia han destacado que cuando la Palabra de Dios fue rescatada del olvido en el siglo XVI, gran parte de Europa fue iluminada. Menciono todo esto porque creo que en nuestra generación ha comenzado a surgir un fenómeno similar. Durante unos doscientos años, la cultura occidental estuvo profundamente influenciada por los valores cristianos, antes de que surgieran las ideas humanistas y anticristianas del Siglo de las Luces. Lamentablemente, las cosas han venido cambiando desde entonces. El tiempo no me permite detallar cómo sucedió y por eso me concentraré en los eventos más recientes.

### *El comienzo del descalabro*

En las últimas décadas, hemos observado cómo la iglesia evangélica en Occidente ha ido perdiendo terreno frente al avance de la secularización

social. El cambio ha sido tan acelerado que muchas personas continuamente repiten la frase: “¡Cómo han cambiado las cosas de la noche a la mañana!”. Y así fue.

1960: Tras esta década, que marcó el inicio de lo que se llamó la revolución sexual, muchos dijeron: “¡Cómo han cambiado las cosas de la noche a la mañana!”. Y así fue. Los efectos no se hicieron esperar porque, como ha sido dicho, las ideas tienen consecuencias.

1989: Con la caída del Muro de Berlín, la geopolítica europea experimentó transformaciones significativas que trascendieron más allá de sus fronteras. Y en ese entonces, muchos volvieron a decir: “¡Cómo han cambiado las cosas de la noche a la mañana!”. Y así fue.

2001: Con la caída de las Torres Gemelas en Nueva York a consecuencia de los atentados terroristas, el mundo sufrió un gran choque y quedó inmediatamente asombrado con los nuevos controles de seguridad que entraron en vigor. Por lo tanto, era lógico que se repitiera la frase: “¡Cómo han cambiado las cosas de la noche a la mañana!”. Y así fue.

2019-2020: Comienza la pandemia del COVID-19 y momentáneamente el mundo parece haberse detenido, con cierres de aeropuertos y fronteras, el uso obligatorio de mascarillas y la implementación de vacunas. Y una vez más escuchamos y leímos la frase: “¡Cómo han cambiado las cosas de la noche a la mañana!”. Y así fue.

La realidad es que los cambios a escala europea y, eventualmente, estadounidense comenzaron a partir de la Era de la Ilustración, conocida en inglés como *The Age of Reason*. Durante ese período, se popularizó la idea de que, entre quienes seguían creyendo en un dios, este ser supremo había creado el mundo y después se había distanciado de él, permitiéndole funcionar de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Estos nuevos pensadores fueron conocidos como *deístas*, para diferenciarlos de aquellos que tradicionalmente habían creído en el Dios Trino revelado en la Biblia y que eran conocidos como *teístas*.

Ciertamente, después de cada uno de esos eventos, el mundo nunca volvió a ser el mismo, ni volverá a serlo. Cada cambio experimentado se fundamentó en los cambios dejados por corrientes de pensamiento y experiencias previas. De ahí que hoy abundan las preguntas, la confusión y la preocupación, y muchas veces incluso el desacierto y la desesperación.

Numerosos estudiosos opinan que la década de 1960 fue un punto de inflexión para la civilización. Esta década se caracterizó por un espíritu de rebeldía y una liberalidad sexual sin precedentes en el mundo occidental. Una de las frases más populares en ese momento era “cuestiona la autoridad”. Aunque sencilla en apariencia, pero compleja por las repercusiones que trajo. Tal cuestionamiento se ha extendido a todos los ámbitos de la sociedad. El espíritu de rebelión sembrado en el Jardín del Edén ha sido atizado en las últimas décadas. En los últimos veinte años hemos sido verdaderamente testigos de una revolución de valores de dimensiones globales que nadie podría haber anticipado.

Después de que la Palabra de Dios iluminara y transformara a Occidente, hoy esa luz se ha ido apagando hasta el punto de cambiar las leyes para que la luz de Dios no resplandezca. Peor aún, muchos se enorgullecen de vivir en la oscuridad, pensando que en la oscuridad tienen la oportunidad de vivir con mayor libertad. Sin embargo, no podemos olvidar la historia y el hecho de que, desde la caída de Adán y Eva hasta nuestros días, hemos visto cómo eso que el hombre llama libertad es precisamente lo que le ha llevado a la esclavitud.

Durante mucho tiempo, la iglesia fue considerada la institución redentora o la entidad en la que la sociedad occidental confiaba para un mejor mañana. Lamentablemente, algunos sectores de la iglesia no dieron el mejor ejemplo y el mundo, en vez de alejarse de los malos ejemplos, se alejó de Dios.

Con el movimiento de la Ilustración (siglos XXVII-XXVIII), la sociedad empezó a confiar cada vez más en la educación y muchos depositaron su confianza en la universidad, que pasó a ser la institución redentora, entendiendo que si algo nos iba a ayudar en el futuro sería la educación. Cuando la educación no resolvió nuestros problemas, las personas comenzaron a confiar en los gobiernos hasta percatarse de que tampoco podían solucionar nuestros problemas. Es por eso que hoy la sociedad carece de esperanza en medio de la oscuridad en la que nos encontramos. Y esa oscuridad se debe a que la sociedad ha empezado a vivir en medio de un eclipse de Dios, como lo mencionó R. C. Sproul en más de una ocasión. Poco a poco, pero recientemente de forma acelerada, la luz se ha ido apagando hasta prácticamente extinguirse.

Las condiciones sociales de nuestros días no son un simple accidente; más bien reflejan el rechazo del diseño de Dios para el florecimiento de la civilización. Hoy podríamos decir, como en tiempos de Oseas, que “el SEÑOR tiene querrela contra los habitantes de la tierra, pues no hay fidelidad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra” (Os 4:1). Nuestros días son oscuros y esta oscuridad ha comenzado a afectar a la iglesia por una razón muy sencilla: nunca ha habido un momento en la historia de la humanidad en el que las condiciones de la sociedad no se hayan infiltrado en la iglesia en mayor o menor grado.

Dios ha ido desapareciendo de la mente y de la conciencia de muchos de los habitantes de diversas naciones. Se le considera inexistente o, al menos, irrelevante para la vida del hombre moderno. Un gran número de personas no cree que llegará el día en que tendremos que rendir cuentas ante el Juez del universo, y de ahí el deterioro que se observa en todos los ámbitos. Las ideas adoptadas por muchos parecen tan ilógicas que daría la impresión que ha llegado el tiempo descrito en 2 Tesalonicenses 2:11-12:

“Por esto Dios les enviará un poder engañoso, para que crean en la mentira, a fin de que sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad sino que se complacieron en la iniquidad”.

Como dijo alguien en el pasado, el problema de esta generación no es que ha perdido la fe, sino que ha perdido la razón. Cuando Dios se aparta del hombre, la razón del hombre se marcha con Dios. Malcom Muggeridge, lo dijo de otra manera:

“La causa fundamental de nuestro problema es que hemos perdido nuestro sentido de un orden moral en el universo, sin el cual no se puede lograr ningún orden en absoluto: económico, social, político. Para los cristianos, por supuesto, este orden moral se deriva de ese momento terrible cuando, como está tan espléndidamente expresado en la Sabiduría de Salomón —uno de los libros apócrifos—, ‘...mientras todas las cosas estaban en un silencio sereno, y aquella noche estaba en medio de su rápido curso, Tu Palabra

todopoderosa salió del cielo desde 'Tu Trono Real'. Descendió para habitar entre nosotros lleno de gracia y de verdad. Así fue como nació nuestra Civilización Occidental; no se deriva del 'El Origen de las Especies' de Darwin, ni del 'Manifiesto Comunista', ni siquiera de 'La Declaración de Independencia de los Estados Unidos', sino del gran drama de la Encarnación, tal como se relata en el Nuevo Testamento. Abandonar o repudiar finalmente esta Palabra todopoderosa sería sin duda acabar inexorablemente con dos mil años de historia y nosotros mismos con ella".<sup>3</sup>

La falta de la luz de Dios y la consecuente pérdida de la razón no le permiten al hombre de hoy ver las consecuencias que estamos viviendo en medio de un eclipse de Dios, metafóricamente hablando.

### *Entendiendo el eclipse*

La palabra "eclipse" proviene de un verbo griego, *ekleipô*, que significa "desaparecer, abandonar". Cuando ocurre un eclipse total de sol, este desaparece de nuestra vista porque la Luna se ha interpuesto entre el Sol y la Tierra. Este fenómeno produce una zona conocida como "penumbra" y otra conocida como "umbra" sobre el planeta Tierra. La umbra es la parte más oscura donde se produce el eclipse total, y la penumbra es el resto, es decir, el eclipse parcial o la sombra.<sup>4</sup>

Los no conversos hoy viven en la "umbra" del eclipse, la parte más oscura; pero gran parte de la iglesia de Dios está en la "penumbra"; como en la sombra de la luz de Dios. Al igual que la Luna, que es más pequeña que el Sol, el hombre es más pequeño que Dios y, aun así, "ha logrado eclipsarlo", aunque Dios no ha cambiado en lo más mínimo, así

<sup>3</sup> Malcolm Muggeridge, *The True Crisis of Our Time*, transcripción de uno de sus mensajes, disponible en línea en: <https://www.smbtv.org/muggeridge-true-crisis>.

<sup>4</sup> "Los eclipses solares totales son un feliz accidente de la naturaleza. El diámetro de 864 000 millas del Sol es 400 veces mayor que el de nuestra insignificante Luna, que mide aproximadamente 2160 millas. Pero la Luna también está unas 400 veces más cerca de la Tierra que el Sol (la proporción varía, ya que ambas órbitas son elípticas) y, como resultado, cuando los planos orbitales se cruzan y las distancias se alinean favorablemente, la Luna nueva puede parecer borrar completamente el disco del Sol. En promedio, un eclipse total ocurre en algún lugar de la Tierra aproximadamente cada 18 meses". Publicado en: <https://www.space.com/15584-solar-eclipses.html>.

como el Sol no cambia durante un eclipse solar. La gran pregunta es: ¿cómo ha logrado el hombre eclipsar a Dios?

Quiero proponer que, a pesar de que Dios es infinito, trascendente y omnipresente en sentido real, aun así, el ser humano, con todas sus limitaciones, ha logrado eclipsar a Dios en sentido metafórico. Creo que hay tres factores fundamentales para explicar este eclipse.

### ***1. El hombre se ha alejado de Dios.***

La distancia hace que la realidad observada parezca mucho más pequeña ante nuestros ojos. Por eso la Luna logra eclipsar al Sol: a pesar de ser 400 veces más pequeña, también se encuentra a una distancia casi 400 veces más cercana a la Tierra que el Sol. Esa es la verdadera explicación de un eclipse solar causado por un astro mucho más pequeño.

El hombre se ha distanciado de Dios y, por tanto, ve o concibe a Dios de un tamaño más pequeño. Si acerca el dedo pulgar a su ojo y mira un objeto a lo lejos, como un árbol o incluso una montaña, podrá ocultarlo por completo. El objeto distante queda oculto por un pequeño dedo pulgar. De manera similar, cuando el hombre se aleja de Dios, lo hace parecer más pequeño en su mente, en la mente del hombre moderno. Muchos siguen creyendo, pero en un dios que ellos mismos han creado en su mente:

- un dios que no es soberano sobre toda la creación;
- un dios a quien no tienen que rendir cuentas; y
- un dios que tampoco es tan santo como para airarse contra su pecado.

Esa imagen dista mucho de lo que Dios mismo ha revelado acerca de Él en Su Palabra: “Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres, que con injusticia restringen la verdad” (Ro 1:18). Dios está airado con aquel que, conociendo la verdad, la restringe, y está airado con cada ser humano que practica la iniquidad.

Lamentablemente, la civilización occidental, que se levantó sobre valores cristianos, hoy no quiere saber nada de lo que la llevó a la cima

del desarrollo. La sociedad occidental de hoy no solo restringe la verdad de Dios, sino que también es ingrata porque rechaza los valores de Dios que dieron desarrollo a nuestra civilización. Esta no es una afirmación ligera, porque según Pablo en Romanos 1:21, hay dos cosas que han airado a Dios:

“Pues aunque conocían a Dios, no lo honraron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se hicieron vanos en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido”.

- No lo honraron como a Dios.
- Ni le dieron gracias.

Ambas cosas pueden ser dichas de la civilización occidental en nuestros días. Y Dios no ha pasado por alto este comportamiento.

## ***2. El hombre ha creado una imagen propia muy por encima de su realidad, lo que contribuye al eclipse de Dios.***

Dios hizo al hombre a Su imagen y semejanza, pero ahora el hombre ha hecho a Dios a su imagen y semejanza humana. Ahora tenemos la combinación perfecta para un eclipse de Dios: un Dios distante que luce pequeño debido a la lejanía del hombre y un hombre con un sentido de grandeza y autosuficiencia nunca antes visto. El hombre moderno no concibe un Dios que interfiera en su libertad, hasta el punto de preferir ídolos que pueda manejar a su manera. El hombre confía en ídolos que no están hechos de madera o piedra, sino que son adquisiciones terrenales y sueños anhelados que coloca en el altar de su corazón y que no va a dejar a un lado por Dios. O, como bien afirmó el historiador presbiteriano, Joseph Haroutunian: “Antes, la religión estaba centrada en Dios. Lo que no era propicio para la gloria de Dios era infinitamente malo; ahora, lo que no es propicio para la felicidad del hombre es malo, injusto e imposible de atribuir a la Deidad. Antes, el bien del hombre consistía en glorificar a Dios; ahora, la gloria de Dios consiste en el bien del hombre”.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Citado por Erwin Lutzer en *10 Lies about God and the Truth That Shatter Deception* (Grand Rapids: Kregel, 2009), p. 8.

Nuevamente habría que decir: “*¿Cómo han cambiado las cosas!*”; pero no de la noche a la mañana, sino desde los tiempos en que la presencia de Dios se manifestaba en medio de Su iglesia hasta nuestros días, cuando Su presencia manifiesta está ausente.

### ***3. El uso selectivo de la Palabra de Dios.***

El otro factor que ha contribuido a eclipsar a Dios es el uso selectivo de Su Palabra, al punto que muchos seleccionan qué cosas de la Palabra van a creer y qué cosas no van a creer. Algunos incluso deciden qué verdades de la Palabra predicar y cuáles callar con el objetivo de ganar audiencia. Muchos aceptan la revelación si están de acuerdo con ella; de lo contrario, pueden incluso llegar a juzgar a Dios como arbitrario.

Por otro lado, durante este eclipse de Dios, muchos se sirven solo de la gracia de Dios, de la que a menudo abusan. Y, al mismo tiempo, tienden a desechar con desdén todo lo que entienden por ley porque les resulta limitante. Se entiende por ley todos aquellos pasajes que prohíben, adviertan, juzguen o condenen. Algunos quieren ciertas cosas de la Palabra, pero no toda la Palabra, y eso es parte del eclipse de Dios. Llamamos a Cristo el Príncipe de Paz, pero luego queremos:

- La paz sin el Príncipe;
- La gloria sin la cruz;
- La gracia sin la ley;
- Su provisión y Su libertad, sin rendición de cuentas;
- Los beneficios sin responsabilidades;
- Las bendiciones sin disciplina o restricciones;
- El cielo sin el infierno;
- A Dios sin Su ley y sin Su santidad;
- Y la Palabra con Sus bendiciones, pero sin Sus demandas.

Incluso hemos querido la luz misma, pero sin el calor que genera la luz. Somos como la mariposa que se acerca al tubo de la lámpara de queroseno sintiéndose atraída por la luz, pero cuando se acerca al tubo, es la intensidad del calor lo que hace que se aleje de la lámpara.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Ilustración escuchada años atrás de parte del Pastor Charles Swindoll, en uno de sus mensajes.

Muchos se acercaron a Cristo; pero luego lo abandonaron cuando oyeron el precio que debían pagar para seguirlo (Jn 6:66). Así le sucede al hombre moderno que se acerca a la verdad; se siente atraído por las enseñanzas de Cristo, pero luego la intensidad del calor de Sus enseñanzas hace que se aleje de Él.

### *La contribución de la iglesia al eclipse*

Antes de cerrar este capítulo introductorio, considero conveniente abordar hasta qué punto la iglesia ha contribuido al eclipse de Dios en este tiempo. Menciono todo lo que sigue como una forma de cautela para no incrementar el eclipse ya existente.

En 1955, Merrill Hunger escribió:

“Pero la gloria del púlpito cristiano es un brillo prestado [...] La gloria se está marchando del púlpito del siglo xx de forma alarmante [...] A la Palabra de Dios se le ha negado el trono y se le ha dado un lugar desmerecido”.<sup>7</sup>

Es increíble pensar que ya, a mediados del siglo pasado, hace unos setenta años, algunos predicadores habían comenzado a notar que algo faltaba en los pulpitos de Norteamérica. Desde entonces, en muchos pulpitos han evitado exponer el carácter de Dios a partir de las Escrituras, prefiriendo predicar sobre un dios pequeño y manejable, cuya santidad no infunde temor y cuya soberanía no interfiere en los planes humanos.

Cuando los líderes del pueblo de Dios obstruyen la revelación de Dios en cualquiera de sus formas, dicho pueblo sufre las consecuencias, y muchas veces es la iglesia misma la que comienza pagando el precio. En Israel, el reproche de Dios a través de Oseas se dirigió principalmente al sacerdote y al profeta (Is 28:7; Jr 2:8, 26; 6:13; 8:10; 14:18). Y luego fue contra toda la nación.

Si la predicación deja de ser la exposición de la verdad de Dios para convertirse en ideas humanas, pragmáticas o modas ideológicas, es

<sup>7</sup> Merrill F. Hunger, *Principles of Expository Preaching*, (Grand Rapids: Zondervan, 1955), pp. 11-15.

evidente que Dios acabará quitando de entre nosotros Su presencia manifiesta. En esas condiciones, podemos presentar un sermón exegéticamente correcto, pero no estará presente el poder del Espíritu de Dios que debe acompañar a la predicación. Cuando Dios se aleja de la iglesia, una de las primeras consecuencias es la pérdida de convicción en la predicación, típica de una predicación bajo la guía del Espíritu. Durante ese eclipse, hay sermones, pero no hay mensajes divinos que emanen directamente de la Palabra de Dios.

En medio del eclipse, es natural que escasee la Palabra de Dios. Ya en el pasado, Dios envió juicios similares, como leemos en el profeta Amós:

“‘Vienen días’, declara el Señor DIOS, ‘en que enviaré hambre sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír las palabras del SEÑOR. La gente vagará de mar a mar, y del norte hasta el oriente; andarán de aquí para allá en busca de la palabra del SEÑOR, pero no la encontrarán’”. (Am 8:11-12)

La peor hambruna que puede sufrir un pueblo no es la falta de pan físico, sino la falta del pan de Dios. Cuando Dios está ausente, es fácil discernirlo, porque de repente lo que el hombre tiene que decir se vuelve más importante que lo que Dios tiene que decir. Si eclipsamos la Palabra de Dios, eclipsamos a Dios mismo, ya que Él se revela a través de la exposición de Su Palabra. Durante un eclipse de Dios, tanto la predicación de la Palabra como la adoración de Dios sufren, y, como consecuencia, el pueblo de Dios también sufre. Como resultado, la iglesia pierde el derecho de representar a Dios, de la misma manera que Israel lo perdió, como leemos en el texto de Oseas citado al comienzo de este capítulo. Hoy más que nunca debemos aferrarnos a la verdad de Dios, especialmente si comprendemos que la iglesia es “columna y sostén de la verdad” (1 Ti 3:15). Debemos persistir en esta posición si no queremos perder el derecho de representar a Dios ante el mundo, tal como lo perdió Israel. No olvidemos que “somos embajadores de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros [...] ;Reconcíliense con Dios!” (2 Co 5:20). Tampoco podemos olvidar que

Cristo, antes de ascender a los cielos, nos declaró la sal de la tierra y la luz del mundo.

En momentos como estos, necesitamos clamar a Dios tal como lo hizo John Knox por Escocia cuando exclamó: “¡Dame a Escocia o me muero!”. Este no fue un ruego arrogante, sino el clamor apasionado de un hombre desolado por el estado de su nación. Por esto que E. M. Bounds insistía en que deberíamos orar fervorosamente, ya que “la oración mueve la mano que mueve el mundo”.<sup>8</sup> Nuestra oración no garantiza resultados, pero bien nos enseñó que algunos “no tienen, porque no piden” (Stg 4:2).

Si Cristo pasó noches enteras en oración, no podemos tomar a la ligera lo que Él consideró seriamente. Jesús oró para que el Espíritu Santo viniera (Jn 14:16). Ahora debemos orar para estar llenos del Espíritu que ya reside en nosotros. Solo entonces nuestras oraciones estarán más enfocadas y serán mucho más efectivas. Un cristiano sin oración confía en su propia capacidad en lugar de la suficiencia del Espíritu. Y una predicación sin la unción del Espíritu es como un velero sin viento.

Ahora mismo, necesitamos un mover de la mano de Dios. Nada más cambiará el destino de la iglesia y de las naciones. Los reformadores oraron, predicaron y confiaron:

- hasta que Dios volviera al centro de la historia como la persona que providencialmente dirige el curso de las naciones;
- hasta que Cristo pasara al centro de la predicación como el objeto y el sujeto de toda la Biblia;
- y hasta que la Biblia se posicionara en el centro de la vida de la iglesia como la brújula que nos apunta a Cristo.

Estos tres puntos resumen el legado de la Reforma:

**Dios en el centro de la historia.  
Cristo como el centro de la predicación.  
Y la Biblia en el centro de la vida de la iglesia.**

<sup>8</sup> *The Complete Works of E. M. Bounds*, edición kindle, Loc 6487 of 12859, en el capítulo “Prayer: Its possibilities”.

Para ver eso necesitamos:

- Orar por el favor de Dios.
- Vivir la verdad que conocemos.
- Predicar y evangelizar en el poder del Espíritu, no mediante estrategias humanas.
- Unir a los creyentes en torno a la verdad del evangelio, reconociendo que nuestras divisiones no glorifican a Dios.
- Cultivar un espíritu manso y humilde, demostrando que verdaderamente hemos sido transformados por el poder del evangelio.

Todo lo anterior es el deseo de un Dios que a través de la historia redentora ha estado diciendo tanto al creyente individual y a Su pueblo en general: “¡Volveos a Mí!”.

© 2024 por Editorial Vida

PRIMERA PARTE

# VOLVEOS A MÍ

© 2024 por Editorial Vida





1

## VOLVEOS A MÍ

“Vuelvan, hijos infieles’, declara el SEÑOR, ‘porque Yo soy su dueño, y los tomaré, uno de cada ciudad y dos de cada familia, y los llevaré a Sión’. Entonces les daré pastores según Mi corazón, que los apacienten con conocimiento y con inteligencia”. **Jr 3:14-15**

**E**l 22 de marzo de 2020, a raíz de la crisis mundial provocada por el COVID-19, la enfermedad infecciosa causada por el coronavirus, descrita por primera vez en la ciudad de Wuhan (China) en diciembre de 2019, inicié una serie de predicaciones con el objetivo de que nuestra iglesia local y la iglesia de Cristo en general pudieran aprovechar ese tiempo de adversidad para examinar sus caminos y buscar fervientemente al Señor, que controla no solo las pandemias, sino cada evento que ocurre en el universo. En aquel entonces, a modo de introducción, compartimos una cita publicada en Twitter por Ray Ortlund, fundador y pastor de la iglesia Immanuel en Nashville, Tennessee, y presidente de Renewal Ministries. En el referido mensaje, Ortlund dijo lo siguiente:

“Si nosotros los pastores y nuestras iglesias salimos de esto solo para regresar a la ‘normalidad’ con un suspiro de alivio, pero sin arrepentimiento, sin oración, sin valentía, habremos

desperdiciado nuestro momento histórico. Y entonces, ¿qué más tendrá que hacer el Señor para sacudirnos y despertarnos?”<sup>9</sup>

Este fue un comentario de gran peso que vino de alguien que entendió el momento crucial en el que estábamos y que entendió muy bien la necesidad de la iglesia de analizar la crisis que teníamos por delante.

Sin duda, las enfermedades son el fruto de vivir en un mundo caído. No obstante, cuando algo se convierte en un problema de alcance mundial que paraliza no solo el funcionamiento de las naciones, sino también todas y cada una de las actividades que Dios nos ha ordenado llevar a cabo como iglesia, no podemos dejar que la oportunidad pase de largo sin reflexionar sobre cuál podría ser el mensaje de Dios para Su pueblo en tiempos como esos. Piense por un momento en lo siguiente: en Hebreos 10:25, la Palabra de Dios nos manda a no dejar de congregarnos, pero en las circunstancias provocadas por la referida pandemia, no podíamos ni debíamos hacerlo hasta que se entendiera mejor el comportamiento del virus. Asimismo, vemos en Efesios 5:19 que Dios desea que su pueblo se reúna a adorarle corporativamente (Ef 5:19). Sin embargo, a causa del COVID-19 los servicios dominicales dejaron temporalmente de ser presenciales para convertirse en virtuales. Congregarnos para alabar y adorar juntos al Señor no era posible en esos momentos.

Por su parte, Cristo nos pidió que celebráramos la Santa Cena en memoria de Él y que lo hiciéramos con cierta regularidad, como leemos en Lucas 22:19 y 1 Corintios 11:24-25. Además, en Mateo 28:19-20, el Señor Jesucristo nos dejó la Gran Comisión ordenándonos hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sin embargo, durante una buena parte del 2020, estuvimos impedidos de llevar a cabo estas actividades y por una justa razón, pues no era prudente ni sabio hacerlo en ese momento, dado el conocimiento limitado que se tenía del virus.

En tiempos de dolor, Dios nos llama a llorar con los que lloran (Ro 12:15b), pero durante la pandemia, los funerales fueron prácticamente prohibidos. De manera que ni siquiera podíamos llorar con los

<sup>9</sup> <https://twitter.com/rayortlund/status/1243299425885224961?s=20> (Tweet ha sido removido).

que estaban llorando por la muerte de un ser querido, pues eso podía aumentar el riesgo de transmisión del coronavirus, ya que el virus podía encontrarse en las lágrimas. En cierto modo, dicho impedimento nos hizo recordar la ocasión en que Dios le prohibió al profeta Ezequiel que llorara por la muerte de su esposa como símbolo del juicio que vendría sobre Jerusalén, la cual sería destruida junto con el templo que era el orgullo del pueblo judío. Observe de qué manera Dios le anuncia al profeta la muerte de su esposa y la prohibición de llorar por ella:

“Y vino a mí la palabra del SEÑOR: ‘Hijo de hombre, voy a quitarte de golpe el encanto de tus ojos; pero no te lamentarás, ni llorarás, ni correrán tus lágrimas. Gime en silencio, no hagas duelo por los muertos; átate el turbante, ponte el calzado en los pies y no te cubras los bigotes ni comas pan de duelo’. Hablé al pueblo por la mañana, y por la tarde murió mi mujer; y a la mañana siguiente hice como me fue mandado. Y el pueblo me dijo: ‘¿No nos declararás lo que significan para nosotros estas cosas que estás haciendo?’. Entonces les respondí: ‘La palabra del SEÑOR vino a mí, y me dijo: “Habla a la casa de Israel: ‘Así dice el SEÑOR Dios: “Voy a profanar Mi santuario, que para ustedes es orgullo de su fuerza, encanto de sus ojos y deleite de su alma. Sus hijos y sus hijas que ustedes han dejado detrás, caerán a espada. Harán como Yo he hecho; no cubrirán sus bigotes ni comerán pan de duelo”’”’. (Ez 24:15-22)

En aquel momento, Ezequiel estaba exiliado en Babilonia y Dios estaba profetizando la destrucción de la ciudad de Jerusalén y del templo que vendría tiempo después como juicio por las iniquidades del pueblo judío. Con la prohibición de hacer duelo por su esposa, Dios quería simbolizar a través del profeta Ezequiel que no valía la pena llorar por las familias de Israel, cuando el pueblo mismo había traído esta calamidad sobre ellos. Durante la pandemia no pudimos llorar con los que lloraban, pero ese no era el deseo original de Dios.

Asimismo, el relato bíblico comienza con una boda y termina con una boda, ayudándonos a ver la importancia de estos eventos como

símbolo de la unión de Cristo con Su iglesia. Pero debido a las normas de distanciamiento social que se pusieron en práctica para evitar el avance de la referida pandemia, no podíamos celebrar bodas como estamos acostumbrados. De modo que no podíamos gozarnos con los que se gozaban tampoco (Ro 12:15a), y tampoco podíamos tener *koinonía* los unos con los otros, como la tuvieron los creyentes del primer siglo según vemos en el capítulo 2 y 4 del libro de los Hechos. Aún más, en 1 Corintios 16:20, 2 Corintios 13:12 y 1 Tesalonicenses 5:26, el apóstol Pablo nos exhorta a saludarnos con un beso santo, pero eso tampoco podíamos hacerlo en tiempos de pandemia.

En nuestra opinión, todas estas restricciones eran lo más parecido a lo que podría considerarse una disciplina de Dios para Su iglesia. Ciertamente, la iglesia no es un edificio, sino toda la congregación de creyentes, pero a la luz de las Escrituras nosotros no estábamos “siendo iglesia” durante el tiempo de confinamiento vivido producto de la pandemia. La Palabra de Dios estaba siendo proclamada vía internet porque la Palabra nunca será encadenada, pero el solo hecho de escuchar un sermón no es ser iglesia. Ahora bien, como Dios es quien controla todos los eventos del universo, creemos firmemente que Dios fue quien permitió que Su iglesia fuera sometida a estas condiciones por alguna razón; en Su providencia, lo permitió con un buen propósito. No podemos olvidar que ni siquiera un pajarillo cae a tierra sin el consentimiento de nuestro Padre.

### *La necesidad de volver a Dios*

La preocupación y la carga que sentimos por la condición actual del pueblo de Dios, y en particular por la condición del liderazgo de ese pueblo, fue lo que me movió a escribir un libro con un llamado a volvernos a Dios. La idea es poder hablar de la necesidad que el pueblo de Dios tiene de enmendar sus caminos antes de que sea demasiado tarde. A veces, lo que el hijo de Dios quiere hacer para “arrepentirse” resulta ser muy poco y demasiado tarde. Muchos prefieren un arrepentimiento parcial que les permita seguir con su estilo de vida un tanto modificado, pero no radicalmente cambiado, y al mismo tiempo poder

disfrutar de las bendiciones de Dios. Esta actitud que vemos en la iglesia de hoy es muy similar a la condición del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento. Para explicar lo que acabo de mencionar, revisaremos un texto de Jeremías 3:12-15, que nos exhorta a arrepentirnos y a volvernos a Dios. Para interpretar adecuadamente estos versículos en su contexto apropiado, es esencial revisar algunos antecedentes históricos. En particular, nos enfocaremos en gran parte del capítulo tres de Jeremías.

Después de la muerte del rey Salomón, Israel terminó dividido en dos reinos: el reino del Norte y el reino del Sur. El reino del Sur permaneció fiel al hijo de Salomón, Roboam, mientras que el reino del Norte se rebeló contra él. El reino del Norte estaba constituido por diez tribus y fue llamado Israel o Efraín, que era la tribu más grande de las diez que lo componían. Por su parte, el reino del Sur estaba formado por dos tribus, la de Benjamín y la de Judá, y fue llamado por el nombre de Judá, que era la mayor de las dos. En un momento dado, los habitantes del reino del Norte (Israel) fueron llevados al exilio como esclavos por el Imperio asirio. Entonces, Dios advierte al reino del Sur (Judá) que, de no arrepentirse, correrían la misma suerte que su hermana del norte, Israel. Sin embargo, Judá no hizo caso a las advertencias de Dios y años más tarde fue enviada al exilio a Babilonia. El pecado de ambos reinos fue el mismo: idolatría e inmoralidad sexual.

Dios calificó la idolatría de los judíos como adulterio, ya que Él había tomado a la nación de Israel por esposa. De hecho, en ocasiones el Señor usó palabras chocantes, sobre todo en el lenguaje original, para condenar la idolatría de Israel. De ahí que, en el libro del profeta Ezequiel vemos a Dios comparar la idolatría de Su pueblo con el acto sexual de una prostituta. A través del profeta, el Señor les dice: “¡En cada esquina construiste santuarios y degradaste tu belleza! Te abriste de piernas a cualquiera que pasaba, y fornicaste sin cesar” (Ez 16:25, NVI). Con estas fuertes palabras, Dios se refería al número de dioses ajenos a los que Israel rindió culto en vez de honrar al Dios verdadero. Lamentablemente, esto lo hizo el reino del Norte y lo repitió el reino del Sur.

El pueblo tenía altares en cada montaña y debajo de cada árbol. A cada acto de adoración rendida a dioses ajenos, Dios le llamó

fornicación. Esto era tan grave que Dios solo pudo comparar la idolatría de Su pueblo con los pecados de fornicación y adulterio. Observe cómo el Señor se expresa de ellos en Jeremías:

“Alza tus ojos a las alturas desoladas y mira; ¿Dónde no te has prostituido? Junto a los caminos te sentabas para ellos como el árabe en el desierto. Has profanado la tierra con tu prostitución y tu maldad”. (Jr 3:2)

Philip Ryken, en su comentario sobre el libro de Jeremías, señala que la palabra traducida como “acostado” en el texto original implica violencia sexual.<sup>10</sup> De modo que podría interpretarse como si Dios dijera: “¿Dónde no te han violado?!”. Además, Ryken añade que los judíos buscaban disfrutar adorando dioses ajenos; sin embargo, lo que para ellos representaba un buen momento, para Dios constituía una violación espiritual de Su “esposa” Israel. Así ve Dios nuestra idolatría: como una violación sexual. Al final, somos nosotros los que sufrimos las consecuencias del “buen tiempo” que pretendíamos pasar en la práctica de nuestros pecados. Según Philip Ryken, los dioses ajenos son siempre abusivos. ¡Por supuesto! Porque nos causan daño, nos acarrearán consecuencias negativas, nos alejan de Dios y nos privan del gozo, la esperanza y la pasión por las cosas de Dios, incluso del reino futuro. Todo se reduce al aquí y al ahora. Esos dioses ajenos nos “violán”, dice Dios, dejándonos con el alma herida.

Observe cómo Dios percibía la idolatría de Israel ante los ojos:

“Te sientas junto al camino como una prostituta en espera de un cliente. Te sientas sola, como un nómada en el desierto. Contaminaste la tierra con tu prostitución y tu perversidad”.  
(Jr 3:2b, NTV)

Así también luce la iglesia cuando coquetea con el mundo. Así luce el creyente cuando habla en nombre de Dios, pero vive conforme al

<sup>10</sup> Philip Graham Ryken, *Jeremiah and Lamentations: From Sorrow to Hope* (Wheaton: Crossway Books, 2001), p. 54.

mundo, practicando el pecado de la misma manera que lo hace el mundo. Nos parecemos a una prostituta en la calle esperando un cliente. En otras palabras, muchas veces vivimos buscando nuevas formas de pecar y de pecar sin ser descubiertos, como si lo que importara fuese que los hombres no descubran nuestro pecado, cuando la realidad es que Dios ve nuestro pecado en cualquier manera que lo disfracemos. Cada nueva forma de pecar representa nuestro próximo cliente en el lenguaje figurado que Dios usa en Jeremías.

Más adelante, Dios continúa reprendiendo a Israel y le dice:

“¿No acabas de llamarme: ‘Padre mío, Tú eres el amigo de mi juventud’?, pensando: ‘¿Guardará rencor para siempre? ¿Estará indignado hasta el fin?’. Así has hablado, pero has hecho lo malo, y has hecho tu voluntad”. (Jr 3:4-5)

En esencia, Dios les reprocha que hablan de una forma, pero se comportan de otra. Israel llamaba a Dios su Padre y su amigo, pero obraba mal ante Dios. Así mismo luce el creyente cuando ora y canta a Dios, cuando le llama buen Padre, pero luego ignora Sus mandamientos y hace lo que le place de día y de noche.

El texto de Jeremías 3 continúa describiendo la infidelidad del pueblo de Dios:

“Durante el reinado de Josías, el SEÑOR me dijo: ‘¿Te has dado cuenta de lo que ha hecho la caprichosa Israel? Como una esposa que comete adulterio, Israel ha rendido culto a otros dioses en cada colina y debajo de todo árbol frondoso. Yo pensaba: ‘Después de haber hecho todo esto regresará a mí’; pero no lo hizo, y su desleal hermana Judá lo observó. Vio que me divorcié de la infiel Israel debido a su adulterio; pero Judá, esa hermana traicionera, no tuvo temor, y ahora ella también me ha dejado y se ha entregado a la prostitución. Israel no lo tomó en serio y no le parece nada fuera de lo común cometer adulterio al rendir culto a ídolos hechos de madera y de piedra. Así que ahora la tierra se ha corrompido. Sin embargo, a pesar de esto, su infiel

hermana Judá nunca ha vuelto a mí de corazón, solo fingió estar apenada. ¡Yo, el SEÑOR, he hablado!”. (Jr 3:6-10, NTV)

El reino del Sur (Judá) fingió sentir pesar, lo cual equivale a decir que Judá simuló arrepentirse, pero nunca lo hizo genuinamente. Su arrepentimiento fue solo de palabras, pero nunca de hechos. De manera similar, muchos cristianos se presentan ante Dios, piden perdón por sus pecados y aseguran estar arrepentidos; sin embargo, al día o la semana siguiente vuelven a cometer el mismo pecado.

En su segunda carta a los corintios, el apóstol Pablo aborda dos formas de arrepentirnos: una real y una falsa; una conforme a Dios y otra conforme al mundo. Note cómo él hace la distinción entre ambas:

“No lamento haberles enviado esa carta tan severa, aunque al principio sí me lamenté porque sé que les causó dolor durante un tiempo. Ahora me alegro de haberla enviado, no porque los haya lastimado, sino porque el dolor hizo que se arrepintieran y cambiaran su conducta. Fue la clase de tristeza que Dios quiere que su pueblo tenga, de modo que no les hicimos daño de ninguna manera. Pues la clase de tristeza que Dios desea que suframos nos aleja del pecado y trae como resultado salvación. No hay que lamentarse por esa clase de tristeza; pero la tristeza del mundo, a la cual le falta arrepentimiento, resulta en muerte espiritual. ¡Tan solo miren lo que produjo en ustedes esa tristeza que proviene de Dios! Tal fervor, tal ansiedad por limpiar su nombre, tal indignación, tal preocupación, tal deseo de verme, tal celo y tal disposición para castigar lo malo. Ustedes demostraron haber hecho todo lo necesario para corregir la situación”. (2 Co 7:8-11, NTV)

Tanto el reino del Norte como el reino del Sur se apartaron de Dios, abandonando la “fuente de aguas vivas” para cavar “cisternas agrietadas que no retienen agua” (Jr 2:13). Según Philip Ryken, a quien citamos anteriormente, eso sería como “abandonar un manantial de agua

fresca para ir a beber de una cloaca”.<sup>11</sup> Lamentablemente, el reino del Sur nunca extrajo una lección del exilio al que Dios sometió al reino del Norte.

Cuando el reino del Norte fue exiliado, Jeremías 3:8 dice que Dios despidió a la infiel Israel y le dio carta de divorcio. La iglesia es la novia de Cristo; sin embargo, al igual que el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, la iglesia contemporánea también tiene sus “amantes”. Si bien la iglesia de nuestros días no erige ídolos de piedra, oro o plata para colocarlos en un altar, idolatra cosas como el orgullo, la reputación, la posición social, el dinero, el entretenimiento o la inmoralidad sexual, colocándolos en el altar de su corazón. Para colmo, viviendo de esa manera, condena al mundo por comportarse del mismo modo.

Si Jeremías viviera en nuestros días, probablemente centraría sus críticas en la iglesia más que en el mundo circundante. De hecho, los fieles suelen juzgar a los no creyentes por cometer los mismos pecados que ellos mismos practican. En su carta a los romanos, Pablo censura a los moralistas, tanto de su época como de la actualidad, precisamente por esta actitud, y les advierte: “Por lo cual no tienes excusa, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas, pues al juzgar a otro, a ti mismo te condenas, porque tú que juzgas practicas las mismas cosas” (Ro 2:1). Esta es la razón por la que Pedro dice: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Y si comienza por nosotros primero, ¿cuál será el fin de los que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 P 4:17).

La pandemia del coronavirus causó que las edificaciones de las iglesias fueran cerradas, pero no fueron los únicos “templos de adoración” que fueron afectados. Dios usó la pandemia para cerrar los templos de adoración al cuerpo llamados gimnasios; los templos de adoración al entretenimiento y a la comida; los templos dedicados a la embriaguez; los salones de belleza, y hasta los casinos. Incluso el ídolo predominante del mundo, el dinero, sufrió un severo revés y continúa tambaleándose hasta el día de hoy.

Todo lo anterior es el trasfondo histórico de la nación de Israel que da lugar al texto bíblico clave de este capítulo, Jeremías 3:12-15, pero

<sup>11</sup> Philip Graham Ryken, *Jeremiah and Lamentations: From Sorrow to Hope* (Wheaton: Crossway Books, 2001), p. 53.

quisimos también mencionar el contexto de la iglesia de nuestros días para que quede claro que dicho pasaje no solo tiene que ver con el pasado, sino que tiene aplicación para el presente que estamos viviendo como iglesia. Entonces, veamos ahora cómo habló Dios a Israel a través del profeta Jeremías:

“Ve y proclama estas palabras al norte, y di: ‘Regresa, infiel Israel’, declara el SEÑOR, ‘no te miraré con ira, porque soy misericordioso’, declara el SEÑOR; ‘no guardaré rencor para siempre. Solo reconoce tu iniquidad, pues contra el SEÑOR tu Dios te has rebelado, has repartido tus favores a los extraños bajo todo árbol frondoso, y no has obedecido Mi voz’, declara el SEÑOR. ‘Vuelvan, hijos infieles’, declara el SEÑOR, ‘porque Yo soy su dueño, y los tomaré, uno de cada ciudad y dos de cada familia, y los llevaré a Sión’. Entonces les daré pastores según Mi corazón, que los apacienten con conocimiento y con inteligencia”. (Jr 3:12-15, énfasis añadido)

En un momento dado, Dios le pide a Jeremías que profetice al reino del Norte y los llame a volver a Jehová, contra quien habían cometido todo clase de iniquidades. Algunos teólogos piensan que Jeremías fue a Asiria para hablar a los que habían sido llevados allí como esclavos. Otros creen que Dios envió a Jeremías a hablar a aquellos que permanecieron en la parte norte del territorio de Israel y que nunca fueron llevados como esclavos en el momento de la invasión de Asiria. Independientemente de cuál fue la audiencia principal de Jeremías, en el texto citado podemos observar lo siguiente: a) un llamado a regresar a Dios o un llamado al arrepentimiento; b) el carácter benevolente de Dios como la base para el llamado al arrepentimiento; c) la condición para el perdón de Dios; y d) una promesa para el pueblo arrepentido.

#### **a) Un llamado al arrepentimiento.**

“Ve y proclama estas palabras al norte, y di:  
‘Regresa, infiel Israel’, declara el SEÑOR”. (Jr 3:12a)

Jeremías lloró por la condición espiritual de un pueblo que nunca quiso arrepentirse de sus pecados. De hecho, Jeremías es tradicionalmente conocido como el “profeta llorón”. A través de él, Dios llamó al arrepentimiento a un pueblo que se había apartado tanto de su Dios, que nunca se percató de cuán lejos estaba. La expresión “regresa” es una manera de llamar al pueblo al arrepentimiento que aparece, en sus diferentes formas, no menos de dieciocho veces en el capítulo tres y unas noventa veces en todo el libro de Jeremías. Eso nos habla de cuán poco respondió el pueblo al llamado de Dios de regresar a Él. Pero al mismo tiempo, esto nos muestra la insistencia de un Dios fiel que sigue intentando recuperar a Su amada infiel con la intención de hacerla regresar a Su presencia para que esta no sufra las consecuencias de su rebelión y pierda las bendiciones de Dios.

En el libro de Jeremías, el arrepentimiento involucra dos fases. La primera es abandonar la adoración a otros dioses y toda conducta pecaminosa; la segunda, regresar al Señor y caminar en rectitud moral. Este proceso implica que dejemos atrás nuestros ídolos y nuestras formas pecaminosas de vida para encaminarnos hacia Dios y acercarnos a Él. Como bien explica el autor Mark J. Boda:

“Volverse a Dios es estar alineado con las prioridades de Dios’.<sup>12</sup> Sin embargo, el problema es que muchas veces el cristiano aspira a lo mejor de los dos mundos. Quiere acercarse a Dios para recibir Sus bendiciones, pero sin renunciar a su estilo de vida que es contrario a la ley de Dios. Es comparable al esposo o la esposa que quiere tener un cónyuge y un amante a la vez. Ante tal actitud, Dios responde: ‘¡No! Conmigo no puedes jugar. Observa lo que hice con mi propio pueblo. Debes regresar y alinearte conmigo’. Y alinearse con Dios implica compartir su misma mentalidad: estar en sintonía con sus juicios, detestar lo que Él detesta y amar lo que Él ama, y evaluar todo en este mundo conforme al estándar de la Palabra”.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> Mark J. Boda, *Return to Me* (Downers Grove: IVP Academic, edición Kindle), pp. 80-81.

<sup>13</sup> J. C. Ryle, *Holiness: Its Nature, Hindrances, Difficulties, and Roots* (Apollo, PA: Ichthus Publications, 2017), p. 56.

En el libro de Jeremías, Dios dice: *regresa*; en el Nuevo Testamento, el llamado es: *arrepíentete*. Ambos exhortos son equivalentes. De ahí que, para Juan Calvino, el arrepentimiento es un volver a Dios que resulta de un corazón que le teme; consiste en la mortificación de la carne y del viejo hombre y en la vivificación del Espíritu.<sup>14</sup>

***b) El carácter benevolente de Dios como la base para el llamado al arrepentimiento.***

“No te miraré con ira, porque soy misericordioso’, declara el SEÑOR; ‘no guardaré rencor para siempre’”. (Jr 3:12b)

La segunda enseñanza que vemos en el pasaje de Jeremías 3:12 es que Dios nos llama a arrepentirnos no en base a una amenaza de castigo, sino en base a Su carácter benevolente o misericordioso (*hesed*, en el lenguaje original). Como si Dios nos dijera: “Dado que Yo perdono, ¡ven y arrepíentete!; Mi gracia supera cualquiera de tus pecados. ¡Ven, sé sincero y humíllate! A pesar de tu infidelidad, ¡ven y confiesa tu infidelidad!”. Nuestro Dios es tan extraordinario que después de ver la infidelidad de Su pueblo y su idolatría hacia dioses ajenos, lo llama a volver a Él solo por Su gran misericordia.

***c) La condición para el perdón de Dios.***

La promesa de perdón presupone una confesión de nuestra parte:

“Solo reconoce tu iniquidad, pues contra el SEÑOR tu Dios te has rebelado, has repartido tus favores a los extraños bajo todo árbol frondoso, y no has obedecido Mi voz’, declara el SEÑOR”. (Jr 3:13)

La frase “has repartido tus favores a los extraños bajo todo árbol frondoso” alude a la multitud de ídolos que el pueblo judío había colocado en altares erigidos debajo de árboles; una acción que Dios igualó al proceder de la mujer que ofrece sus encantos a todos sus amantes, al estilo de las prostitutas. De modo que, Dios insta a Israel a admitir

<sup>14</sup> Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, 3.3.5.

su idolatría y desobediencia a los mandamientos de Dios. Por eso, el verdadero arrepentimiento requiere de un reconocimiento sincero de nuestra conducta pecaminosa, asumiendo la plena responsabilidad por nuestras acciones y emociones. Cuando finalmente admitimos nuestra iniquidad, dejamos de culpar a otros. Asimismo, reconocer nuestra iniquidad nos lleva a dejar de justificar, ocultar, negar y minimizar nuestro pecado.

El verdadero arrepentimiento se evidencia de varias maneras. En el hebreo, una de las palabras más comunes para expresar arrepentimiento es *shub*, que significa “volverse” o “retornar”. Por tanto, arrepentirse implica darse cuenta de que nos hemos desviado y vamos en la dirección equivocada; y decidir cambiar el rumbo dando un giro en U para volver al lugar donde estábamos antes de desviarnos. En el griego, la palabra para arrepentimiento es *metanoía*, una palabra compuesta que implica “cambiar de mente”. Este cambio de mentalidad conlleva una transformación del estilo de vida, de los hábitos y del comportamiento. Por otro lado, el verdadero arrepentimiento involucra un sentimiento de dolor o gran pesar por haber ofendido a Dios (*nacham*, en hebreo). El dolor que se experimenta se debe al hecho de saber que hemos menospreciado la sangre de Cristo derramada en la cruz para el perdón de nuestros pecados, y por ende, hemos deshonrado el nombre de Dios.

Algunos teólogos de la Edad Media desarrollaron dos conceptos relacionados con el arrepentimiento que nos ayudan a entender un poco mejor lo que este implica. Establecieron una diferencia entre el arrepentimiento por atrición y el arrepentimiento por contrición. El primero está motivado por el temor a las consecuencias; de hecho, muchos no dejaríamos de pecar si supiéramos que no hay consecuencia por nuestro pecado. Este tipo de arrepentimiento calcula hasta dónde debe confesar para quedar bien ante los demás, pues su principal motivación es la opinión de los hombres. La atrición no busca reparar el daño causado a los demás, sino simplemente esquivar las consecuencias. En consecuencia, el arrepentimiento por atrición busca hacer lo mínimo indispensable para evitar repercusiones.

Por el contrario, el arrepentimiento por contrición implica un dolor por haber ofendido a Dios; un dolor que es producto de un profundo

amor que sentimos hacia Él. Cuando el arrepentimiento es por contrición, el creyente comienza a pensar de qué manera debe actuar para complacer a su Señor y de inmediato se mueve en dirección a Dios porque no desea estar lejos de Él. En otras palabras, esa persona se dirige en dirección opuesta a la que venía transitando y emprende un camino de regreso a su Dios porque tiene el deseo de amarle con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Esto nos da una idea de cuál de estos dos arrepentimientos es más agradable al Señor.

Si la motivación es genuinamente la gloria de Dios, entonces habrá en nosotros una disposición para regresar a Dios y arrepentirnos de cada pecado del que seamos conscientes. La persona verdaderamente arrepentida busca maneras de evitar retomar el camino errado que antes seguía. Sin embargo, si después de pecar seguimos coqueteando con el pecado y continuamos por el mismo camino que transitábamos, podemos concluir que ese arrepentimiento no fue genuino.

#### d) Una promesa para el pueblo arrepentido.

“‘Vuelvan, hijos infieles’, declara el SEÑOR, ‘porque Yo soy su dueño, y los tomaré, uno de cada ciudad y dos de cada familia, y los llevaré a Sión’. Entonces les daré pastores según Mi corazón, que los apacienten con conocimiento y con inteligencia”. (Jr 3:14-15)

Existen dos características que se destacan en la narrativa de los libros proféticos del Antiguo Testamento, ambas relacionadas con la relación de Dios con Su pueblo. En primer lugar, se suele describir al pueblo como la esposa infiel mientras que Dios es descrito como el esposo fiel. A través de Jeremías, Dios subraya la importancia de que los hijos de Israel vuelvan a Él. En Jeremías 3:14, Dios alude al pueblo judío como hijos infieles, pero acto seguido afirma que Él es su legítimo dueño. Es evidente que la infidelidad de Israel no hizo que Dios se olvidara de ellos para siempre. Ellos se olvidaron de Él como esposo y como dueño, pero Dios les recordó continuamente que seguía fiel al pacto que había hecho con Abraham, Isaac y Jacob. En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo recuerda esta trascendental verdad a su discípulo Timoteo, al asegurar

que, “si somos infieles, Él permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo” (2 Ti 2:13, LBLA). Ciertamente, Dios siempre es fiel a Su Palabra y no puede hacer promesas que luego no cumpla.

Continuando con Jeremías 3, a partir del versículo 15 y hasta el final del capítulo, el lenguaje de juicio del profeta Jeremías cambia a un lenguaje de promesa que todavía aguarda cumplimiento futuro para quienes creemos en el reino milenial. Para ese tiempo futuro, Dios promete reunir al pueblo hebreo, tanto del reino del Norte como del Sur, y proporcionarles pastores que los guíen conforme a Su voluntad. Así dice el Señor en Jeremías 3:

“... y los tomaré, uno de cada ciudad y dos de cada familia, y los llevaré a Sión’. Entonces les daré pastores según Mi corazón, que los apacienten con conocimiento y con inteligencia”. (Jr 3:14b-15)

Cuando esto suceda, el pueblo de Israel se multiplicará y la presencia de Dios estará nuevamente con ellos. Así, el arca del pacto, aquel símbolo de la presencia de Dios tan reverenciado por ellos en el templo anterior, ni siquiera será mencionada porque la presencia plena del Señor morará con ellos para siempre.

“En aquellos días, cuando ustedes se multipliquen y crezcan en la tierra’, declara el SEÑOR, ‘no se dirá más: “Arca del pacto del SEÑOR”. No les vendrá a la mente ni la recordarán, no la echarán de menos ni será hecha de nuevo”. (Jr 3:16)

Cuando llegue ese día, el pueblo hebreo y los pueblos de todas las naciones (gentiles) habitarán en unidad, y Jerusalén recuperará un lugar especial entre las naciones de la tierra. Los judíos nunca más volverán a ser caracterizados por su infidelidad a Jehová, ya que Dios les dará un nuevo corazón que les impedirá apartarse del Señor. Así lo afirman los versículos 17 y 18 del capítulo 3 de Jeremías:

“En aquel tiempo llamarán a Jerusalén: ‘Trono del SEÑOR’; y todas las naciones acudirán a ella, a Jerusalén, a causa del nombre

del SEÑOR; y no andarán más tras la terquedad de su malvado corazón. En aquellos días andará la casa de Judá con la casa de Israel, y vendrán juntas de la tierra del norte a la tierra que di en heredad a sus padres”. (Jr 3:17-18)

### *Reflexión final*

A lo largo de toda la revelación bíblica del Antiguo Testamento, Dios se muestra como el Padre fiel, amoroso y misericordioso que se preocupa por el bienestar de Sus hijos. Es también el Dios que toma la iniciativa de inducir en ellos arrepentimiento para perdonar sus pecados, sanarlos y bendecirlos de nuevo, a pesar de su marcada infidelidad. En el Nuevo Testamento, la imagen que se nos presenta es la de Cristo como esposo y la iglesia como Su novia. No obstante, observamos una vez más la infidelidad de la iglesia hacia su esposo. Cristo sigue instando a Su novia a dejar a abandonar a sus amantes y dedicarse por completo a Él.

En el transcurso de la historia redentora, se nota cómo Dios siempre ha utilizado periodos de dificultad, confusión y sufrimiento para invitar a la sociedad no convertida a reconocer su pecado y buscarle. Pero antes de llamar al incrédulo, Dios llama a Su pueblo a regresar a Él; porque este pueblo es el portador de las buenas nuevas de salvación y constituye la sal y la luz del mundo. La iglesia necesita corregir su rumbo, y los tiempos de adversidad ofrecen una oportunidad perfecta para la introspección, el reconocimiento de nuestros pecados y el arrepentimiento. La meta es que, al superar la crisis, estemos espiritualmente fortalecidos y no en la misma condición en que estábamos al principio. Recordemos que, para el ser humano, las aficciones en este mundo, sean del tipo que sean, no son su problema principal, sino el pecado que reside en él. Este pecado tiene una tasa de mortalidad del 100 %, a menos que encontremos la cura en Cristo Jesús, nuestro redentor y salvador. En muchas ocasiones, el problema primordial no son las aficciones en sí, sino la manera en que las enfrentamos. Nunca olvidaré una frase del pastor y consejero bíblico, Paul Tripp: “Muchas

personas no solo sufren debido a una situación difícil, sino que también sufren por cómo se sienten estando en esa situación”. Vuelve a leer la frase detenidamente porque a primera vista podría parecer un trabalenguas. La idea es que, cuando optamos por afrontar los problemas de una manera no bíblica, mediante la queja y la falta de aceptación, esa actitud aumenta considerablemente el grado de dolor de la experiencia.

© 2024 por Editorial Vida